

# V E R D U N

Traducción de la Revista "The Lion"  
(Febrero de 1966)



Sargento Viceprimero (r)  
JOSE A. NIÑO YEPES

**Un millón de hombres perecieron allí, quizás inútilmente.**

Era el amanecer del 21 de febrero de 1916, desde las defensas subterráneas y las trincheras en la calmada saliente del frente, a lo largo de los cerros sobre la ciudad de Verdún, las tropas francesas comenzaban su diaria rutina. Los soldados preparaban su café matinal y los Oficiales y Suboficiales organizaban el patrullaje. Hacía frío y salía humo de docenas de hogueras en las haciendas y los bosques del Valle del Meuse.

A sesenta millas cerca de Reims, tropas francesas y alemanas se entregaban a tareas similares. A poco de apuntar el alba, notaron un curioso y continuo estrépito que no parecía acercarse. Se encogieron de hombros y continuaron sus labores. El estrépito habría de continuar con pocos intervalos, noche y día, durante diez meses más. En ese lapso, un millón de soldados perecieron en la saliente de Verdún. Los frentes estaban casi exactamente como al principio; pero Francia y la historia nunca serían las mismas.

Hoy, la carretera del Este de Francia, de París a Metz, es clara y agradable, bordeada de asoleados caseríos y bosques en las colinas del Argonne. Hay muchos kilómetros de viñedos de champaña. En la primavera el aire está repleto de cotorras y pájaros emigrantes. Aun, los campos de batalla de Chateau Thierry y del Marne, participan del resurgimiento anual.

Pero todo esto cambia en Verdún. La transición ocurre en los últimos pocos kilómetros de la vía que viene

de París a lo largo de la Vía Sagrada, a través del río Meuse hasta llegar a la ciudad.

Las casas de ladrillo y estuco, que por muchos años han sufrido los ruidos sordos y continuos de los camiones del ejército, siguen arruinadas y polvorientas. El triste y sencillo cementerio del ejército en los suburbios del Oriente, dominado por colinas sin vida y repletas al Norte, de estaciones para vehículos militares y cuarteles, aumentan el tono de desesperanza. Es una población gastada. Durante la primavera y el otoño lluvioso, el solo hecho de estar en Verdún es ya deprimente y es peor en invierno.

En el medio siglo, el tiempo y la naturaleza han hecho poco para transformar esta atmósfera. Árboles, hierba y matorrales han hecho únicamente incursiones parciales en las colinas arrasadas por el fuego que bordea el valle.

El aspecto de Verdún corre parejo con su tradicional ineficacia. Su más grande batalla, solo sirve para representar en pequeña escala el horror y la inutilidad destructiva de la Primera Guerra Mundial. Su sangría, destrucción en masa y la duración de la campaña, son de tal magnitud, que aún en la Segunda Guerra Mundial, nada ocurrió parecido.

Si la batalla nunca hubiera sido librada, los resultados de la Primera Guerra, probablemente habrían sido idénticos. Nadie ganó la batalla, aunque aquellos mórbidamente empeñados en contar cadáveres, digan que cayeron unos cuantos miles más de franceses.

Su puesto en la historia, sin embargo, está seguro. Solo una batalla en la historia moderna puede compararse, la de Stalingrado, frecuentemente llamado el "Verdún del Volga". Una docena de Gettysburgs hubieran quedado perdidos en una esquina, en la batalla de Verdún.

En Verdún siempre ha habido una guarnición militar. La ciudad estaba rodeada de fuertes, ubicados sobre promontorios que hacen casi imposible cualquier acercamiento por el Norte o el Este. Al principio de la guerra, la acometida inicial alemana se detuvo en el perímetro. Hubo un período de relativa calma durante 16 meses. Para los franceses, se convirtió en el frente tranquilo, protegido por unidades territoriales que descansaban de las violentas acciones del Norte.

A medida que el frente se solidificaba, los cañones eran desmontados de muchos de los puntos críticos. Los Fuertes Douaumont y Vaux eran primitivos e incompletos. Los franceses, educados en la estrategia del ataque, fueron lentos en adaptarse a la guerra defensiva.

Estos factores fueron utilizados por el Alto Comando Alemán. Su Jefe de Estado Mayor, Erich Von Falkenhayn, en busca de un área para una "limitada ofensiva sin peligro", se decidió por Verdún. Los franceses, imbuídos del pensamiento de "Pappa Joffre", estaban seguros de que el golpe les caería en otra parte. "Pappa", permitió destruir las fortificaciones.

Mil pesados cañones fueron emplazados contra los franceses en los bosques

a ocho kilómetros al Norte de los principales fuertes. Una docena de divisiones fueron preparadas para la operación "Gericht". Cuando el fuego concentrado de la artillería aumentó, en febrero 21, las tropas en uniforme gris, pululaban sobre las aniquiladas posiciones francesas. Los lanzallamas, por primera vez empleados allí, desmoralizaron los pocos sobrevivientes. Pero más atrás, suficientes fuerzas francesas se quedaron para retardar el avance alemán hasta que el reclutamiento de tropas de emergencia y material, pudiera efectuarse.

A medida que la intensidad de la batalla creció, más y más refuerzos y vehículos de guerra fueron traídos, nunca fue suficiente para que los alemanes se abrieran paso; nunca fue suficiente para que los franceses pudieran contra-atacar efectivamente. En la Voie Sacree, la única arteria hacia Francia, pasaba un camión cada 14 segundos trayendo provisiones y soldados. La mayoría de estos fueron desperdiciados en los contra-ataques menores, predestinados a fracasar. Tan notorio se convirtió el frente, que los soldados tristemente se agotaban a medida que recorrían los últimos pocos kilómetros.

En realidad, esto se ajustaba muy bien al plan de Falkenhayn: si la defensa de un punto dado la cree el enemigo tan importante que hace cualquier sacrificio tarde o temprano acabará por desangrarse. El alto comando francés se mostró dispuesto a pagar el precio, hasta que casi todas las unidades del ejército habían sido usadas y desangradas en la prueba de Ver-

dún. Pero el propio Falkenhayn cayó en su propia trampa. Tanto él como Joffre estaban al frente del comando al final de la batalla.

La batalla estuvo repleta de oportunidades perdidas por imposibles vaivenes del destino. Cuando los alemanes marcharon adelante, Fort Douaumont, la plaza fuerte y dominante en todo el sistema defensivo, les cerró su paso. Fue declarada inexpugnable, hasta que un Sargento alemán con su pelotón, a la vista de 10.000 soldados franceses, penetró a través de una brecha y rodearon los pocos soldados que guarnecían las instalaciones. Alguien había olvidado reforzar la guarnición. El descuido le costó a los franceses 100.000 vidas en los pocos meses siguientes.

Fort Vaux, la última verdadera fortificación anterior a Verdún, fue defendida durante semanas, por unos pocos cientos de soldados que defendieron todos los pasos en condiciones espantosas. Con su caída, los alemanes estuvieron a la vista de los tejados de Verdún. No pasaron de ahí.

Le tocó a Phillippe Petain poner en orden el esfuerzo francés. Después de meses de altibajos, en que pueblos y sitios estratégicos cambiaron de mano docenas de veces, el frente se estabilizó. Petain nunca creyó en la predominante teoría francesa del ataque. Economizando personal y utilizando efectivamente la artillería (incluyendo el uso por primera vez del fuego lento de barrera), volvió al frente anterior al comienzo de la batalla. Agotados,

ambos lados descansaron para curarse las heridas.

De febrero a diciembre, cientos de millones de granadas de artillería, de morteros y minas, fueron gastadas. Millares de toneladas de granadas de gases venenosos, incluyendo la nueva de gas fosgeno, fueron lanzadas. La tierra fue revuelta a tal punto, que un piloto la describió como "la piel de un monstruoso sapo". Los bosques, los pueblos, los sitios conocidos fueron hechos polvo.

Los soldados en Verdún vivieron una increíble vida de horror, que los embrutecía mientras esperaban la muerte. Una hilera de soldados, con los ojos hacia abajo, dejaron atrás un compañero herido, con una pierna destrozada. Nadie ofreció ayuda. Los soldados, enloquecidos por la sed, bebieron en charcos putrefactos, repletos de cadáveres. Batallones y regimientos avanzaban hacia el frente, sufrían bajas hasta del 50% en una semana y retrocedían sin nunca haber visto al enemigo.

La táctica en el frente occidental en este período de la guerra, fue reducir al mínimo las pérdidas, adelgazando las líneas en previsión de los fuegos concentrados de artillería. Pero en Verdún, donde cada palmo tenía que ser duramente disputado, los franceses mantuvieron sus líneas a toda fuerza. Para los alemanes, continuamente a la ofensiva en las fases iniciales, las líneas también estuvieron siempre muy guardadas. Aquello era blanco oportuno para la artillería.

Las tropas cavaban trincheras de noche, a menudo sin lograr una profundidad de más de 30 centímetros antes del amanecer. De día se acurrucaban en sus pandas trincheras, mientras los cañones arrasaban la tierra. Después, al anochecer, los sobrevivientes repetían su patética excavación. A la media mañana, sus trabajos eran nuevamente deshechos.

Aunque los depósitos de abastecimientos pocas veces estaban lejos, parecía que estuvieran en otro mundo. Los soldados morían de hambre. En un sector, un destacamento de 8 soldados marchó en busca de alimentos. Solo cinco regresaron sin nada. Aquella noche otros ocho fueron también enviados. De ellos nunca hubo noticia. La noche siguiente más de 100 soldados fueron despachados. También fueron aniquilados. Carentes de alimentos por tres días, la tropa buscaba algo entre los desperdicios del campo de batalla. La misma escena se repitió cientos de veces durante la batalla.

Los heridos, cuando eran descubiertos de alguna manera, con frecuencia eran abandonados. Aquellos traídos del frente, por lo general pasaban días en áreas avanzadas bajo el constante fuego de la artillería, aguardando a que los médicos militares pudieran ocuparse de ellos. Una granada que estallara en medio de una fila de heridos no horrorizaba a nadie. Significaba menos trabajo para los abrumados médicos. Aun aquellos afortunados que llegaban a los hospitales, murieron por docenas de miles. Al menos 25.000 soldados

franceses murieron de gangrena gaseosa en un período de 4 meses.

Lo raro se volvió rutina. Las trincheras de las bayonetas, cerca a Douaumont, es una fila de bayonetas que apenas sobresalen de la tierra. Según dicen, la Compañía Nº 3 del 137º Regimiento de Infantería, fue sepultada por el fuego de granadas de artillería cuando se preparaba a defender su posición. Algunos historiadores, sin embargo, dicen que las bayonetas solo señalaban las tumbas en una zanja repleta de cadáveres.

Los franceses nunca han olvidado esa experiencia. Petain, el salvador de Verdún, empleó el mismo sistema de defensa y economía de tropa en la Segunda Guerra Mundial, con resultados desastrosos. Las lecciones de la defensa de Verdún contribuyeron a la idea de la Línea Maginot.

Dicen algunos, que Charles De Gaulle, hecho prisionero en Verdún cuando era Capitán de Infantería, usó su filosofía de veterano de Verdún en sus pasadas tareas. Los alemanes, también quedaron impresionados. "Todo tranquilo en el Frente Occidental", inmortalizó el veterano de Verdún. Ciertos errores de Verdún fueron evitados por las tropas alemanas en los primeros días de la Segunda Guerra Mundial hasta que se desangraron en la batalla de Stalingrado.

Seguidamente, la insubordinación dentro de los ejércitos franceses en 1917, tuvo su origen en Verdún. Y los ingleses, que emprendieron la apresurada ofensiva del Somme en 1916 para disminuir la presión contra los france-

ses, afrontaron los peores días en la historia de los ejércitos británicos.

Al campo de batalla de Verdún se llega por una carretera en zig-zag, más allá de una cantera, hacia los cerros del Norte. El terreno, envenenado en muchas áreas, todavía no tiene vegetación. Los agricultores, hace tiempo perdieron la esperanza de usar el terreno para la producción de alimentos; y lo sembraron de pinos. Hay señales que advierten al visitante, de la presencia de munición activa y mortal, corridos ya 50 años. La tierra es hoy una arena amarillenta que contiene trozos de metal enmohecido.

Hay una tétrica quietud. Más adelante, hacia el cementerio principal, millares de pinos ofrecen una tranquilidad conventual. Hay monumentos a los caídos, en granito gris, a lo largo de la carretera. En medio de flores azules y amarillas, una trinchera de comunicación en muy buen estado, va de Douaumont hasta Fort Vaux.

Sobre la colina, se ve la severa flecha del tenebroso Osario que guarda 15.000 soldados desconocidos. Los restos insepultos de 150.000 soldados desconocidos, descansan dentro de sus paredes. El verde camposanto bien cuidado, puede verse desde un kilómetro al través de una planicie con cicatrices y sin vegetación.

La carretera se bifurca allí, al Este y al Norte, por un kilómetro, hacia el dominante cerro de Douaumont que hace 50 años tenía una gigantesca estrella de seis puntas, de concreto reforzado y acero, muy bien defendida por fortines, ametralladoras emplazadas, murallas y

fosos. Es ahora un feo y escabroso pedregal, aunque las obras subterráneas están intactas y abiertas al público.

Los centinelas aún caminan silenciosos esos senderos. Los visitantes pueden subir a la cima para mirar al Norte, en donde el asalto alemán fue montado y hacia el costado occidental del Valle del Meuse y el Mort Homme, otro campo de batalla igualmente sanguinario que constituyó el ala occidental de la batalla.

Abajo del cerro de Douaumont, como en burla, un campo de tiro del ejército, refleja el ruido de la batalla.

Hacia el Oeste, más allá del Osario y la línea de artillería, Verdún descansa bajo el horizonte.

El campo de batalla es un verdadero monumento nacional. No es un parque, ni un área de recreo. No hay cafés o tiendas de recuerdos. Los lados de la

carretera se mantienen limpios. Los visitantes llegan silenciosos, miran y se alejan. No se habla mucho. No hay exhibición de dioramas como en Atlanta o Waterloo. No hay venta de tarjetas postales.

Año tras año, las viudas de los soldados franceses y alemanes visitan los cementerios del área— las cruces alemanas, negras; las francesas, blancas. No hay sensación de amargura; franceses contra alemanes, o alemanes contra franceses. Eso se reserva para la ocasión misma y para la política que fue su causa.

En Francia, la memoria de Verdún está demasiado fresca, y así será mientras quede vivo un veterano. Nada se ganó y se perdió en Verdún. Evidentemente, nada se aprendió allí. Este lúgubre sitio puede clasificarse como uno de los más grandes monumentos de la guerra al sacrificio inútil.